

HOMILÍA EN EL CENTENARIO DEL DEL BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Hace hoy cien años nació en Barbastro (Huesca) el que más tarde sería el Beato Josémaría Escrivá de Balaguer, a punto de ser reconocido como santo por la Iglesia.

Fallecido en Roma, un 26 de junio de 1975, el ahora Beato Josémaría Escrivá de Balaguer, beatificado por Juan Pablo II el 17 de Mayo de 1992, dejó tras sí una obra, el Opus Dei, con una asociación, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que ha alcanzado gran renombre en toda la Iglesia y se ha extendido, prácticamente, por todos los países en los que la Iglesia está implantada.

Puestos a subrayar algún carisma de entre aquellos con los que el Fundador fue enriquecido por el Espíritu Santo, me limito a recoger los que en la oración que acabamos de rezar están explicitados. En efecto: en la colecta de la misa de hoy hemos rezado así:

*Señor y Dios nuestro,
que elegiste al beato Josémaría, presbítero
para anunciar en la Iglesia
la vocación universal a la santidad y al apostolado;
concédenos, por su intercesión y por su ejemplo,
que, realizando fielmente el trabajo cotidiano
según el Espíritu de Cristo,
seamos configurados a tu Hijo,
y, en unión con la santísima Virgen María,
sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención.*

Tenemos aquí los carismas que la propia Iglesia ha querido y quiere subrayar en la figura del Beato Josémaría Escrivá de Balaguer:

- La vocación universal a la santidad y al apostolado
- En medio del trabajo cotidiano.

La vocación universal a la santidad nunca ha sido olvidada del todo por la Iglesia. Baste recordar, por traer un testimonio autorizado, aque-

Las palabras de Santa Teresa de Jesús: "Mirad que convida el Señor a todos; pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos, y aunque los llamara, no dijera: *Yo os daré de beber*. Pudiera decir: «venid todos, que, en fin, no perderéis nada, y los que a mí me pareciere, yo los daré de beber». Mas como dijo sin esta condición, "a todos", tengo por cierto que todos los que no quedaren en el camino no les faltará esta agua viva. Denos el Señor que la promete gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien Su Majestad es" (CP 19,15).

Pero, ciertamente, esta vocación universal a la santidad no era especialmente sentida en los tiempos en los que el Beato Josémaría Escrivá de Balaguer la apuntó como llamada a todos los fieles, incluidos los laicos, y no reservada, por lo tanto, a clérigos, religiosos, religiosas, monjes... Es más, se trata de una llamada, así lo señaló el Beato Josémaría Escrivá de Balaguer, que podría escucharse y secundarse en las condiciones ordinarias de la vida.

De esa vocación universal a la santidad y al apostolado, en las condiciones ordinarias de la vida, nos hablaría el Concilio Vaticano II, bebiendo, de entre otros manantiales, del agua que el carisma de Josémaría Escrivá de Balaguer había hecho brotar en la Iglesia.

Recordemos entre otros textos conciliares que podrían traerse a colación, palabras como éstas:

"En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1 Tes 4,3; cf. Ef 1,4)" (LG 39)

"El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuera su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor: *Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48)" (LG 40)

En cuanto a la vocación al apostolado, indivisiblemente unida a la vocación a la santidad, valgan estas palabras del Concilio: "La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación a al apostolado". "El miembro que no contribuye, según su capacidad, al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo" (AA 2)

Finalmente, sobre el modo propio de la vocación de los laicos a la santidad y al apostolado valgan estas conocidas y tan comentadas ya expresiones del Concilio:

"A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor" (LG 31)

Así lo había intuido y formulado el fundador del Opus Dei cuando en su Apuntes Íntimos escribe: "Al suscitar en estos años su Obra el Señor ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario. Por eso, mientras haya hombres en la tierra, existirá la Obra. Siempre se producirá este fenómeno: que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle".

En esta perspectiva nos orientan los hermosos textos de la Sagrada Escritura que se acaban de proclamar. Impresiona, por ejemplo, la llamada de Jesús a Pedro en ese preciso momento en el que él, en medio de su trabajo, descubre su pequeñez, su pecado, su miseria. "No temas, le dice el Señor. Desde ahora serás pescador de hombres". ¡Cuántos miembros del Opus Dei, y cuántos miembros de la Iglesia, en general, comenzando por mí, hemos experimentado la dulzura y la ternura de estas palabras del Maestro! Justamente ahora que te descubres limitado, pequeño, pecador, ahora te hago saber que cuento contigo y ahora te llamo a ser apóstol, a ser

"pescador de hombres". ¡Qué paz, y qué libertad y qué aliento nos aportan palabras como éstas!

Y cuánto sentido y cuánto entusiasmo pueden ofrecer a quien lo escuche con fe el texto del Génesis, proclamado hoy, al saber que el que "modeló al hombre de arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida", presentándonos así, de modo sencillo, el misterio del hombre, "lo colocó -dice el texto- en el jardín del Edén para que lo guardara y cultivara". ¡Cómo se puede descubrir desde aquí, al mismo tiempo que con otros textos, el sentido cristiano del trabajo como cooperación con Dios, en su obra creadora y redentora! Algo que, ciertamente, ha ayudado a redescubrir y asimilar en la Iglesia el fundador del Opus Dei y el mismo Opus Dei en su permanente desarrollo. Y cómo puede presentarse desde aquí la sensibilidad social que todo cristiano debe tener y que el Beato Josémaría Escrivá de Balaguer quiso que tuviesen los miembros de la Obra cuando escribía en su libro de homilías, **Es Cristo que pasa**: "Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes con un alma naturalmente cristiana, no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar.

Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como número de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor".

Hace hoy cien años, en Barbastro (Huesca), nació el que más tarde sería Beato Josémaría Escrivá de Balaguer. Justo es que, en la perspectiva de un siglo, cuantos se saben y sienten iluminados y ayudados por su vida, sus enseñanzas y su intercesión, como cuantos nos sentimos Iglesia y sentimos como miembros nuestros a cualquier miembro de la Iglesia, demos conjuntamente gracias a Dios por lo que en él hizo en su infinita bondad y sabiduría y por lo que a través de él ha hecho en la Iglesia y en el mundo. Con mayor razón cuando sabemos que, si Dios quiere, pronto será reconocido como Santo por la Iglesia.

A nadie nos conviene olvidar, sin embargo, que queda un largo y nada fácil camino por delante. En la escena del Evangelio, proclamado hoy, hemos escuchado esa expresión del Señor: Rema mar adentro, Duc in altum, que Juan Pablo II ha sacado a luz en la espléndida Exhortación Apostólica NMI.

Recojamos hoy, una vez más, esta palabra del Señor: Rema mar adentro. Muchas son las dificultades que esperan a la Iglesia y al mundo. Muchas son las incertidumbres y los avatares. Pero sabemos quién va con nosotros y podemos caminar con esperanza. A ello nos invita el Papa en este bellissimo texto que yo no me canso de leer y meditar:

"¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos. ¿No ha sido quizás para tomar contacto con este manantial vivo de nuestra esperanza, por lo que hemos celebrado el Año jubilar? El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: «Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «que no defrauda» (Rm 5,5)" (NMI 58)

Rema mar adentro... Caminemos con esperanza... Que el Opus Dei, con toda la Iglesia, no tema remar mar adentro en los tiempos venideros. Y que el Opus Dei, con toda la Iglesia, en profunda y leal sintonía con ella en sus diversos niveles, especialmente el diocesano y el Universal, con la intercesión de Santa María, la Virgen, de los santos todos, del Beato Josémaría, en concreto, aporte y enriquezca a la Iglesia y al mundo con abundantes y ejemplares testimonios de santos y santas en medio de la misma sociedad. ¡Así sea!